

y escribiste sus versos, una canilla para el invierno, una cazadora, en la que arrojaba sus ropas desproporcionadamente, una mantilla de noche, en la que amontonaba sus innumerables colillas de fumar siempre, una percha, que le servía para colgar los días días bien humorado, el gabán arrugado y lleno de manchas pesadas, o el sombrero descolorido de visón profesor provincial. En su ángulo hay también un espejo, bello.

# Nuevas Memorias de Mambruno

de ese espejo vibrante su música profunda y llena de las endanzas toda la habitación vibra también como un panel de música y en su...

1961

Desde aquí, a través de los... D. Antonio este mismo paisaje desolado, un paisaje verdadero por la primavera, tejas rojas, techos entre cochambros y conventual...

(Continuación).

11 MAYO

Mambruno ha salido esta mañana, a las siete, en automóvil, camino de Segovia. Corremos orillas de Somosierra, una sucesiva cascada de montañas altísimas y azules. En torno, la tierra es llana, de color pardo, y se atisban de vez en cuando un montoncillo rumoroso de chopos. Desfilan pueblos y pueblos, tejas rojas y torres con cigüeñas. Por fin, se descubre Segovia, toda encubierta en verdor, y se divisan sus esbeltas torres.

Hace rato que hemos llegado, y comenzado la ascensión hacia la Catedral. Toda vibrante de amarilla luz y guarnecida por el verdor frondoso de varios árboles, es una Catedral de rara hermosura.

El claustro catedralicio es una lección de sosiego. Nogales altos y cipreses rígidos y arcos góticos de calada piedra ojival. Silencio. Ni un rumor. Tiemblan los cipreses. Encima brilla un azul esplendoroso. Los pináculos relucen y se extiende tembloroso y suave el verdor y vibran sombras en huida. La calma se adensa en contemplación.

Mambruno se ha dirigido a la casa, en donde vivió Antonio Machado. Está cerca de la iglesia de San Esteban, antes hay que cruzar por una vieja calle segoviana, toda desconchada. Machado vivió trece años en esta fonda, de una estricta y pobre sencillez como la propia vida del poeta. Su habitación era la última, al final de la casa, después de atravesar otras habitaciones. Cuarto de solitario, de hombre ensimismado y urdidor de sueños. Mambruno se siente sobrecogido, enormemente impresionado, al penetrar en la habitación en donde alentó el alma de Antonio Machado. El lecho es bajo y tiene una estrechez de celda monástica. Debajo de todo lírico verdadero late un cenobita. Hay una mesa en la que el poeta soñaría

y escribiría sus versos, una camilla para el invierno, una calzadora, en la que arrojaría sus ropas despreocupadamente, una mesilla de noche, en la que amontonaría sus innumerables colillas de fumador sempiterno, una percha, que le serviría para colgar, los días bien humorados, el gabán arrugado y lleno de manchas grasientas, o el sombrero descolorido de viejo profesor provinciano. En un ángulo hay también un espejo, polvoriento a veces, empañado otras, en él se miraría un rostro ancho y bondadoso, con pliegues y arrugas, cara triste de actor cansado, y en la luna de ese espejo vibraría su mirada profunda y llena de luz, entonces toda la habitación vibraría también como un panal de música y ensueño.

Desde aquí, a través de los cristales de esta ventanita, contemplaría D. Antonio este mismo paisaje desolado, un páramo verdecido por la primavera, tejas rojas y la misma estrechez entre cochambrosa y conventual de las calles en cuesta, bien la llamada Bajada del Carmen que él subiría tantas veces, o sea Travesía de Escuderos, por la que se deslizaría su sombra al anochecer. ¡Cuántas veces se detendría, orillas de la iglesia de San Esteban, con su ancha plazuela y su portada románica y amarilla, y con la peculiaridad de su torre del gallo! En lo alto, el fausto del palacio obispa frente a la austera celda del poeta, oficio, sí, de eremita.

Segovia o la Contemplada, ciudad para soñar, para añorar el pretérito: El Acueducto es tiempo eternizado y triunfo angular de la piedra, sillería viva, sobre el azul suspendida se organiza secular la piedra. Es algo que asombra, que pasma, como todo lo romano. El Alcázar es la historia, pero es también el paisaje, es el Eresma corriendo entre la verdura, abismo verde o fronda de chopos, racimo de torres, eso es Segovia. La Vera Cruz, la iglesia de los templarios, fortaleza sacra, en donde parece resonar aún el estruendo de las armas de los monjes guerreros, y campea su fiereza, su arrogancia. Parece como recubierta por un halo de misterio, que es manto y nimbo a la vez.

Con la luz dorada del atardecer, ha entrado Mambruno en el convento del Carmen, la iglesia, la capilla, y allí los restos mortales de San Juan de la Cruz. Tal vez, demasiados oros y refulgencias. San Juan, doblemente eremita, por santo y por poeta, reclama para reposar como un vergel entrelazado de sueños: «cesó todo, y déjeme — dejando mi ciudado — entre las azucenas olvidado». Mambruno contempla conmovido el mausoleo del poeta, y reza arrodillado los propios versos de San Juan, que sabe de memoria.

Recuerdo entrelazado de los dos más hondos líricos de España. ¡Oh, Racimo de Torres! ¡Oh, Segovia!

12 MAYO

Esta tarde, a las cuatro y media, ha salido Mambruno camino de Logroño. Cruza por Belorado, un buen pueblo, entre chopos; todo es ubérrimo verdor primaveral, con infinitos matices de color. Paramos un momento en Santo Domingo de la Calzada, un pueblo grande y rico, con buenas construcciones, y una suntuosa catedral barroca y una torre exenta, bien proporcionada, de gallarda arquitectura. Seguimos hasta Nájera, sombra de lo que fue, es un pueblo grande, descuidado y sueto. Tiene muchas casas viejas y desconchadas, algunas calles son anchas y hay casas hermosas con las fachadas pintadas de colores rojizos. El rojo es el color característico de la Rioja. Precisamente con tierra rojiza edificaron este convento de Santa María la Real, panteón de los Reyes de Navarra. El claustro, del XV, es de un rojo goticismo florido. Nájera, se diría, ciudad sin vigor, anclada en el tiempo, es lástima que el dinamismo que empieza a conmover a Castilla no haya llegado hasta aquí. Cruzamos kilómetros y kilómetros de tierra roja, son viñedos, fluctuantes en una doble rojez, de tierra y luz crepuscular. Entramos en Logroño al anochecer. Mambruno pasea por Logroño, ciudad bonita, con magníficos edificios, un moderno Espolón con flores y terrazas, en donde tomar café, al aire libre. Logroño es aire claro, y alegría, mucha alegría.

Por la mañana, toda azulada de luz, a través de calles muy estrechas, calles viejas con soportales, Mambruno ha visto «La Redonda», iglesia así llamada por el vulgo, está situada en una hermosa plaza, llena de sol y de murmullo de pájaros. Es barroca y tiene dos torres y una portada en forma de hornacina. Aleteantes, es curioso ver el revolotar de las palomas de la iglesia a la plaza; arriba, en las torres, hay también un alegre revuelo de vencejos y lrillos de luz. Mambruno se va contento de Logroño que, como su vino, es un rojo vaso de alegría.

13 MAYO

A las doce de esta misma mañana sale Mambruno hacia Aragón. Atraviesa la Rioja, tierra de viñedos, hay también olivos y campos de amapolas coloradas, qué bravía su rojez sobre la tierra rojiza.

Cruzamos por Calahorra, pueblo extraño y esquivo, con calles empinadas y silenciosas. La huerta, en torno al pueblo, es florida, de un verdor exuberante. Da Calahorra la misma impresión que Nájera, la de una vieja ciudad desmantelada, con un fondo rencoroso de acritud, por algo

injusto que le ha herido. Sigue Mambruno camino de Zaragoza. Antes de llegar, mucha vegetación, verdor y campos cultivados, índice de riqueza. Entramos en Zaragoza, una gran ciudad bulliciosa, comercial, llena de ambiente popular. Hay en ella una circulación incesante, tráfigo continuo, y por las aceras, mujeres elegantes de gran belleza, con grandes ojos negros. Mambruno deambula por Zaragoza. Prefiere el ámbito antiguo de La Seo, la vieja catedral, al Pilar, a pesar de tanta devoción, parece faltarle el hábito de lo popular verdadero. No sabe cómo explicarlo, posiblemente Mambruno no tiene razón, pero lo ha sentido así. Hay en Zaragoza mucha construcción moderna, én contraste con muchas calles viejas y estrechas, y un parque moderno, maravilla ciudadana, con una combinación de surtidores que ponen una nota de belleza, con su agua esbelta, espumosa y altísima.

Atardecido. El Ebro empuja con su ancho pecho de cristal las dos orillas. La de enfrente, cubierta de arboleda. Los puentes por encima de río; brillan, arriba, en el puente más cercano. los faros amarillentos de un camión, detrás, luces dispersas. Son hermosos, mirados desde aquí abajo, los arcos del puente. Tiembla el agua irisada, con reflejos de árboles, luces y sombras. Ha caído el sol, pero aún flota el humo rosado e incierto del atardecer. Allá, lejano, un puente con vehículos de luces rojas, hacia la izquierda, un puente colgante. Anochece. El Ebro parpadea trémulo de luces, y el murmullo suave del agua abre el camino a la ensoñación.

## 14 MAYO

Hacia el Monasterio de Piedra, muy temprano, a las siete. La mañana es templada y un campo de viñedos se extiende con un verdor agrisado y bravío, un color muy aragonés, yo diría peculiar, todo bastante rocoso, o bien tierra amarillenta, con chopos y viñas. La entrada del monasterio cisterciense, fundado en el siglo XII, asombra ya, por lo frondoso de la vegetación. Algo se conserva de lo que fue, pero no es la voz del arte, sino de la naturaleza, la que nos solicita. Nadie que contemple este lugar, se atreverá luego a afirmar que el arte supera a la naturaleza. Es el Monasterio de Piedra una sinfonía blanca y verde, agua y vegetación, luz verde e irisada espuma, en donde la naturaleza gorjea con alacridad de alondra. El espectáculo de las cascadas es ciertamente sublime. Contemplar el descenso de la cascada Cola del Caballo, es algo que serena el ánimo; con sus estalactitas curvadas en forma de ramajes, cae el agua, desde lo alto, blanquísima, desleída en sonora espuma, y se escucha un estruendo en el fondo del abismo verdoso y espumeante, finalmente, despejada.

la alegría del asombro, los ojos del alma, a la par que los ojos de la carne, siguen rastreantes a una levísima espumilla final. Seguir por el parque, turbado de hermosura, y descubrir de pronto la cascada del Iris, es algo inolvidable. Ver cómo se abre el agua en chorros sobre la roca musgosa, y ver cómo aletea la pluma blanquísima del agua, y cómo se desliza, como sonriendo, irisada y fantástica.

Vibra el alma de la naturaleza como la carne de una muchacha desnuda; aterciopelado al tacto, bloque de hermosura. Caminar aquí es pasmo de los ojos. Las cascadas son puntos de ensoñación. La cascada de la Trinidad salta despeñándose espumosa sobre el musgo de unas rocas. Todo es milagroso en este Monasterio de Piedra. Aguardar a la muerte contemplando serenamente la hermosura de este paisaje, pudo ser el anhelo de un eremita, y hoy sería el sueño de un poeta.

## 15 MAYO

Atardecer en Soria. Está la ciudad encendida por la luz del poniente. Desde San Juan del Duero, todo murmullo y verdor de árboles, sube Mambruno hasta San Polo, con sus balcones emplomados y sus verdes enredaderas, parece como si palpitará aún por allí la sombra fina de Bécquer, el poeta sevillano fue como el ángel de la poesía que acompañaba a Mambruno, desde niño, guiando y estimulando sus primeros pasos de poeta. En cambio, al ascender Mambruno por el camino del Duero, orillas de álamos y chopos, una sombra amiga, pesada y lenta, sigue sus pasos, le acompaña en silencio, es D. Antonio, con él va mirando el agua del río y las hojillas nuevas de los chopos. Mambruno llega hasta la gruta, y desde lo alto contempla el paisaje verdimorado, de bravía aspereza.

## 23 MAYO

Es la mañana de un limpio azul. Mambruno pasea por el patio renacentista de la calle Miranda. Desgrana el agua su música en una fuente untada de verdín; música de agua, claridad pura de agua y luz, que asciende rítmica y esbelta a través de las columnas jónicas, de doble voluta, veteadas de musgo, manchadas de verdín las basas, de un verdín que negra secular. Es una música expandida y absoluta, la del agua, que gotea, son o música, con relumbres verdinosas o acuoso zumbido sonoro hacia el azul abierto del patio, azul intacto, fondo infinito, y espejo de hermosura. Luz azul y agua música, rayo vívido de sol y súbito zigzagueo por el

verdín en torno. Todo el patio es geométrico sosiego cuadriculando al alma, limitándola con hermosura de piedra o música de agua. ensimismándola en honda ensoñación. Aquí, en este patio de la casa de Miranda, lo cotidiano es la belleza, y a Mambruno le gusta impregnarse, de vez en cuando, de este hermoso sosiego e identificarse con su serenidad augusta.

## 24 MAYO

Mayo lluvioso, tan oscuro que casi no hay luz para trabajar, luz clara, y hay que encender la eléctrica. Mambruno se ha asomado a la calle del Tinte, lloviznosa, con musgo, y muy en silencio todo el día. La lluvia vuelve al alma nostálgica, la abre al pensamiento, la hace añorar. Mambruno, desde hace algún tiempo a esta parte, se despreocupa de todo lo que concierne a su íntima personalidad, quiere vivir en los otros, derramarse en los demás. Nada para mí, todo para los otros. Una nada, sí, pero llena de amor. Y si aún escribe es porque tiene algunos lectores fieles, muy pocos, y por ellos soporta esta tortura que es en este país y en este ambiente tan poco favorable a la belleza, a la pura creación, escribir. Aun en el páramo puede florecer una flor: el sacrificio.

## 30 MAYO

Ha salido Mambruno con su amigo Manolo, el ingeniero agrónomo, en automóvil, a las ocho de la mañana. Hace un día lluvioso, veteado de ráfagas frías. Cruzamos como una exhalación por Villatoro, solitario bajo la lluvia, rozamos las piedras húmedas de Vivar del Cid, también desolado por la lluvia. Qué trisre es la lluvia en Castilla, aun cuando se trate de una lluvia buena como ésta, verdadera bendición para los campos, lluvia que es oro, y que el labrador ve cómo cae, alegre y esperanzado. Nada hay como la tierra sembrada para infundir esperanza, y el labriego en Castilla, por eso mira al cielo y espera confiado. Pasamos por Sotopalacios, y nos desviamos en dirección a Villarcayo. Aparecen las torcas, que son como montañitas erosionadas, de un rojo muy intenso y como untadas de verdín; hacia la lejanía, se divisan las altas montañas verdiazules que rodean a Tobes.

(Continuará)

JUAN RUIZ PEÑA